
CANON CITYJosu Landa

Canon City. Josu Landa
México, Infinita
(Colección Ensamble), 2010

Monta Editorial

Desde un contexto contemporáneo que abunda en producciones literarias de diverso valor estético y ofrece un abanico de posibilidades para todo gusto, Josu Landa se enfrenta en esta obra a una disyuntiva de economía estética, donde el problema radica en la elaboración de criterios de discriminación aplicables para determinar el valor atemporal de la literatura. Ante esta cuestión el autor observa que al lector se ofrecen dos posibles resoluciones: asumir un relativismo acrítico donde toda obra goza de una supuesta igualdad cualitativa, o apelar a un canon hegemónico que “encarcela” al lector en una visión arbitraria y excluyente de lo que es dogmáticamente bueno. Aunque indisolublemente ligada a la noción de relativismo, la preocupación principal del autor es el acto de canonizar, fundado en el principio de sacralización que pone de manifiesto la existencia de valores únicos asimismo exclusivos, negando por tanto la posibilidad de un relativismo en este caso crítico y fecundo, que reconozca la diversidad de valores estéticos heterónomos.

La crítica al canon bloomiano, que en el fondo es una inyectiva hacia la lógica del poder que supone toda canonización,

así como al silenciamiento y la exclusión de otros discursos, se concreta a lo largo del ensayo en la revisión del método empleado por Bloom en *The Western Canon*, desde la noción de religiosidad inseparable de toda canónica con pretensiones universalistas y sus mecanismos de inclusión y exclusión que le dan sentido, en tanto legitiman normas con la finalidad de instaurar valores que regulen y controlen la relación del sujeto, lector o escritor, con la literatura. El autor caracteriza el canon como una tendencia histórica de corte casi identitario, en la que subyace el afán de separar y diferenciar el grano de la paja. Mas la consecuencia de ello es la creación de un anti-canon que también inmortaliza a los escritores proscritos. El canon de Bloom, a diferencia del eclesiástico, con el cual se hacen continuas analogías a lo largo del texto dadas sus múltiples coincidencias, no está basado en un catálogo de reglas generales, a falta de éste, descansa en autoridades de críticos prominentes con pretensión de validez genérica. Pero lo que Landa destaca de ambos cánones es que adjudican mayor importancia al texto en relación con el lector. En este sentido, la propuesta del autor recupera la importancia del lector frente a la del texto, asumiéndolo como un sujeto autónomo dotado de una economía estética propia. En suma, la permuta del "*sapere aude*" kantiano por un "*putare aude*". Entonces, el sujeto configurado como agente abre la posibilidad de estimular el sentido del gusto y de valor estético para que cada lector forme su propio juicio artístico, otorgándole el papel principal en la decisión sobre la formación del canon personal. Landa coincide con Bloom en la pertinencia de juzgar estrictamente, en términos de valor y placer, los textos que pretenden ser artísticos, pero difiere de él al momento de responder al relativismo que excluye automáticamente los discursos alternativos que implican el reconocimiento de minorías sociales o políticas, en tanto condiciones extraliterarias que pueden impedir la valoración meramente estética de la obra. Finalmente, el crítico norteamer-

cano ha elaborado un canon personal que mediante criterios históricamente regulares aspira a convertirse en universal. Así, *Canon City* se convierte en la gran metáfora espacial que representa el lugar de aceptación y exclusión donde conviven los habitantes del "pueblo elegido", a la manera de la utopía agustina en *La ciudad de Dios*. Landa percibe como retroceso la insistencia de Bloom en estructurar un canon a partir de modelos históricos, puesto que han existido ya posicionamientos estéticos que liberan al lector de las trampas que comprenden valores artísticos hegemónicos, como es el caso de la noción kantiana de sujeto trascendental y la independencia del arte respecto de la producción de verdad científica. Por otra parte, el texto evidencia que los discursos paraliterarios, como los de carácter biográfico y hagiográfico que contribuyen a la inclusión de ciertos autores en el canon, tienden a reforzar este último en tanto elección arbitraria.

Josu Landa es filósofo y esto es notable en el tipo de registro ensayístico que nos ofrece, pues su argumento sobre la autonomía del sujeto lector y autor se sirve de una revisión profunda de las categorías kantianas y foucaultianas, abriendo una discusión filosófica que por momentos pareciera alejarse del aspecto literario. A grandes rasgos el texto se estructura como una dialéctica entre dos posturas que encuentran síntesis en la propuesta final. Así, la autonomía del lector educado en criterios firmes sobre el sentido del gusto y los valores responde, de manera subjetivista, tanto a la insistencia en la construcción de un canon como al relativismo acrítico. En este sentido, el texto podría ampliarse proponiendo una concreción de tales criterios, tanto estéticos como formales, a los que apelará el lector autónomo a la hora de plantearse un canon propio. Porque aunque no sea ésta la intención del autor, al momento de aterrizar la propuesta sintética de éste, el lector echa en falta la explicitación de valores literarios que le otorguen operatividad y funcionalidad.

En conclusión, *Canon City* descarta la validez de un dogma que determine las elecciones de lector y escritor, al tiempo que llama la atención sobre la necesidad de educar a ambos en el sentido del valor y establecer un diálogo entre las distintas economías estéticas condensadas en cánones personales para llegar a consensos cuyo alcance no será nunca universal.

OFELIA DEL CARMEN LÓPEZ MADRIGAL